

Al son que le toquen baila

El ruido y las nueces. Historias asombrosas de la música en Colombia

JAIME ANDRÉS MONSALVE

El Malpensante, Bogotá, 2023, 279 pp.

HAY LIBROS hechos como bitácoras muy personales, como brújulas interiores que dialogan con los lectores en varios canales, simultáneamente. Para quienes conocemos las investigaciones musicales de Jaime Andrés Monsalve desde la radio, y luego desde la prensa escrita, leerlas ahora en un libro ensamblado como un viejo disco compacto es motivo de goce.

Es más que habitual la costumbre de agrupar columnas o crónicas circunstanciales en un libro, y pocas veces (salvo en el caso de gigantes de la literatura como García Márquez) estos textos trascienden la lectura del momento y mucho menos se prestan para ser releídos. Sus historias con las músicas colombianas o con otras músicas alrededor de colombianos dentro y fuera del país, sobre todo a lo largo del siglo xx, son un interesante ejercicio de estilo literario. Editado por El Malpensante en 2023, el libro agrupa 36 crónicas escritas entre 2007 y 2022 (más que todo durante la pandemia), la mayoría publicadas en la revista del mismo nombre y otras en *El Tiempo*, *El Espectador*, *Arcadia* y *SoHo*. De diferente registro y extensión, algunas pueden interesar más o menos a los lectores.

Incluso, valdría la pena seguir indagando en el archivo de Monsalve. Me refiero, por ejemplo, a otros textos que no fueron recogidos aquí, muy valiosos como uno publicado en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* en 2020: “El sentimiento arrugado”, a propósito del libro *Acordeones, cumbiamba y vallenato en el Magdalena Grande. Una historia cultural, económica y política, 1870-1960*, de Joaquín Viloria De La Hoz, que salió a la luz en 2018 (https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/21024).

El libro está dividido en tres secciones, pero queremos destacar sobre todo la primera parte, “Historias

asombrosas de la música colombiana”, integrada por 17 piezas que se leen de largo, con fluidez. La segunda parte, “Ruido”, debe decirse que contiene algunos textos muy herméticos y difíciles de apreciar (no por el autor sino por las fuentes), como uno titulado extrañamente “Trópicos utópicos”. La tercera, “Nueces”, tiene otra lógica, un poco más apurada por la fricción del homenaje del momento a leyendas como Johnny Pacheco o Roberto Roena, y otras más folclóricas y un tanto hiperbólicas como la de Edson Velandia. Después de leer y releer el libro, me queda la impresión de que la curaduría pudo ser más discutida. La primera parte es sobresaliente y las otras dos secciones no logran el mismo nivel, en buena medida porque sus textos son más breves o más o menos apresurados. Quizá el exceso de elogios en los textos de “Trópicos utópicos” y Velandia generan algunas dudas y hacen del libro una experiencia de lectura desigual. Conviene insistir en este punto, en la medida en que no todo lo escrito resiste de la misma manera la mirada actual y no todos los personajes mantienen su relieve con el paso del tiempo. Es un aspecto editorial que merece reflexión.

Nos ocupamos, como hemos dicho, de la primera parte del libro, por el estilo del periodista, la selección de los artistas y el alcance de sus notas. Se recorren territorios culturales colombianos como en un prisma de postales muy variadas. El diálogo entre ficción y no ficción es un detonador sugestivo para el lector, pues lo lleva a viajar en el tiempo entre imágenes de archivo combinadas con formas de narración que rozan el relato, e incluso con potenciales capítulos novelescos. En cuanto a las crónicas, una de las mejores piezas es “La improbable pero real historia de la camarera del Café Reno y el asesino inasible”, en la que se juega con la ficción y los efectos insólitos de la música: “La Bogotá de los años cincuenta era un bolero de cabo a rabo: en sus calles grises se abrían cafetines donde las rocolas repetían incesantes canciones de despecho y de amor violento. [...] historia de un musicidio” (p. 34).

En el libro de Monsalve hay pequeños giros personales o íntimos del autor, como la mención a sus orígenes

y a su madre con un comentario de una canción interpretada por Nidia Góngora (originalmente un tango), o el epílogo en páginas azules: “Este libro surgió *ad libitum*, unas veces al estilo del free jazz y otras como si se tratara de jam sessions, aunque siempre con alma tanguera y tropical” (p. 279). Leemos historias con el tango y con el jazz, en las que se cuelean la salsa, los boleros, los porros, las cumbias, las baladas y ciertos sucesos de crónica roja, o que estuvieron a punto de serlo, como el de la copera asesinada por causa de una canción o los avisos de un cuasimotín por el desorden en conciertos de Xavier Cugat o Camilo Sesto.

El valor de la escritura de Monsalve reside no solo en su curiosidad intelectual, en su oficio de investigar los archivos de publicaciones periódicas sobre la música y los músicos —lleno de datos reveladores como el descubrimiento del primer disco de jazz grabado en Colombia, en 1961, por el catalán Luis Rovira, o la primera película de formato musical, de 1967—, sino en el calibre de su prosa, en la fluidez de sus relatos que por momentos coquetean con gérmenes de posibles guiones para documentales, series o películas sobre estos personajes, unos muy famosos como Gardel o Charles Mingus, y otros menos conocidos, pero de valioso rescate como Rovira:

Rovira trajo a estos terrenos las lecciones de swing y de bebop que ya había impartido en la España de la posguerra; supo acoplarse a las modas locales de la música tropical transitando por los terrenos del porro y la gaita cuando fue debido, y en el momento en que la juventud bogotana lo pidió se hizo pionero de la moda del twist. (p. 78)

El título del libro, *El ruido y las nueces*, como el autor lo recuerda en el prólogo, proviene de una canción de Joaquín Sabina. También podría llamarse *Tomo y obligo*, por la canción de Gardel, pues las crónicas se mueven en historias de bohemias, rumores, cafetines, griles, giras, amaneceres brumosos de tantos personajes más o menos recordados. El gusto por el rumor hace historia. El propósito de Monsalve no es ser un notario de la historia musical, sino un desenterrador de runrunes, como se solía decir.

MÚSICA		RESEÑAS
<p>Por momentos el lector se siente leyendo en vivo la intriga de una noticia que ocurrió hace cincuenta, sesenta, setenta años. Pequeños rumores o microhistorias de lo que pudo ser, el recuerdo de un invento ocasional, como cuando se dijo que Pérez Prado, el inventor del mambo, era colombiano. La trama y el toque literario de Monsalve son un aporte destacable para el género de la crónica cultural en Colombia. No se trata de trillar o edulcorar anécdotas raras o polémicas por el simple gusto de escandalizar o conmover. Monsalve logra trazar un mapa cultural del siglo xx colombiano con una mirada de cartógrafo y no de embalsamador.</p> <p>En una época saturada de buscadores manuales y digitales, de obsesiones por la “data” y la enumeración de fechas, nombres y lugares supuestamente originales, la escritura literaria de no ficción afronta desafíos considerables. En la mayoría de casos ya no estamos frente a lectores cómplices sino ante ávidas rapiñas de refutadores amateurs que pretenden ser sabiondos y/o suicidas, como diría otro tango. Lo que hace tan gozosa la primera parte de este libro –insistimos–, más allá de la aparente relevancia del personaje o de la historia misma, o incluso de los gustos melómanos del lector... lo que brilla en estas crónicas es el tono –menor–, el humor entre líneas, lo jocoso de recuperar esas especies de cables periodísticos con las que escritores como García Márquez convertían el agua en vino. En esa vía, otra crónica destacable es “Demasiado folclor en muy poco tiempo”, sobre la película colombiana <i>Farándula</i>, de 1961, con la que se deleita Monsalve, resaltando la mezcla de humor y evocación de la radio en vivo</p> <p>En cuanto a la parte editorial, es una lástima que la calidad de las fotos de archivo no sea la mejor, o que estas se hayan reproducido en pequeñas viñetas poco visibles. Quizá en futuras ediciones podría hacerse otro tipo de acompañamiento gráfico, por ejemplo con ilustraciones. Sería también muy útil incluir al final un índice de nombres y canciones citados. Por último, creo que el trabajo de Monsalve, de consagrarse a los textos de hondo calado, puede seguir cada vez más la pauta del periodista cultural</p>	<p>argentino Felipe Pigna, destacado estudioso internacional del tango y su relación con la cultura.</p> <p style="text-align: center;">Alberto Bejarano</p>	